



El café

Durante los años en los que estuve estudiando griego con el profesor, yo fui la encargada de hacerle el café, siempre negro, siempre muy muy caliente y siempre muy fuerte. Se lo preparaba en una greca que tiene en su casa, una que parecía de Aladino, es distinta a las demás grecas, una de base medio redonda y de cuerpo largo. Siempre estaba en la cocina sobre un plato pintado, el plato parecía tener una cara dibujada, recuerdo que había mucho naranja en la pintura. Hacer el café de la manera que a él le gustaba me fue enseñada por el mismo. Era un ritual hacer el café. La greca siempre estaba en la cocina, la abría y la llenaba hasta cierto punto, luego le ponía dos cucharadas de café, la ponía en la hornilla, apenas estaba listo se lo servía en una taza que parecía ser de concha de coco y cuya forma parecía una concha de coco pequeña, cuando lo servía debía alejar la greca lo más posible de la taza como si sirviera té de menta marroquí, luego me apresuraba a llevárselo para que no perdiera mucha temperatura. El café debía estar muy caliente. Después de haber terminado con el café, venía la segunda parte del ritual: la greca debía llenarse de agua, el depósito donde antes había estado el café listo debía llenarse de agua sin que el agua rebasara el agujero del conducto por donde se cuele el café. Después debía poner la greca, esta base redondeada, en la frente de la cara dibujada en el plato, entre los dos ojos, en el $\gamma\omicron\eta\nu$, y el asa en lo que sería la nariz. Y de la misma manera la encontraba el día siguiente para prepararle su café en la mañana. Fue así durante tres años.

Nathaly Mora

10 de marzo de 2015